

Tiempo pascual 2024

Segundo domingo de Pascua

O DE LA DIVINA MISERICORDIA

7 de abril de 2024



«Aquel discípulo que había dudado, al palpar las heridas del cuerpo de su Maestro, curó las heridas de nuestra incredulidad. Más provechosa fue para nuestra fe la incredulidad de Tomás que la fe de los otros discípulos, ya que, al ser él inducido a creer por el hecho de haber palpado, nuestra mente, libre de toda duda, es confirmada en la fe».

San Gregorio Magno. Homilía 26 sobre los Evangelios.

* Pintura: Bernardo Strozzi (1620), *La Incredulidad de Tomás*, Museo de Arte de Ponce.

Textos orados: comentario a la eucología

ORACIÓN COLECTA DEL SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA¹

*Dios de eterna misericordia,
que reanimas la fe de tu pueblo santo
con la celebración de las fiestas pascales:
aumenta en nosotros los dones de tu gracia,
para que todos comprendamos mejor el sentido
del Bautismo que nos ha purificado,
del Espíritu que nos ha reengendrado
y de la Sangre que nos ha redimido.²*

Estamos ante una oración colecta que viene marcada por las solemnes celebraciones de la Semana Pascual que concluye en este día octavo. ¿Necesitaremos evocar, paso a paso, los grandes hitos de este día, el más grande que hizo el Señor y que, por voluntad expresa de la Iglesia, ya desde los comienzos, tuvo una duración de siete jornadas completas? No sería imposible hacer una síntesis que arrancará desde el lucernario y llegar hasta este día octavo, en el que vemos que alienta toda la vibración de la Madre y la de los hijos que le acaban de nacer, unida a la de todos los que, en la noche bendita, renovaron su compromiso bautismal.

La colecta, en su texto, refleja toda esa emoción de la Iglesia orante en este día octavo de Pascua. Y es su mérito principalísimo. Parece que quiere ser como una catequesis sintetizada de todas las maravillas que hizo y ha vuelto a hacer, en esta Pascua, el Señor. Es una plegaria que no tiene paralelo en el eucologio litúrgico. Se lee con inmenso respeto y devoción y uno siente que el corazón de hijo late más de prisa, por las tres referencias que hace: el Bautismo, el Espíritu, la Sangre.

Esta oración se lee y contempla con inmensa gratitud, por las evocaciones que hace, por los horizontes a los que apunta, por la ternura que corre por sus líneas. La invocación, tal y como está construida, es inusual. Pero su traducción suena muy agradablemente, sobre todo en el corazón. Tiene una motivación notable que da paso a una larga petición, que se desdobra en cuatro partes.

Motivación: «*Enciendes la fe de tu pueblo santo con la renovación misma de la fiesta de la Pascua*». Son de notar dos cosas: a) la causalidad sacramental de la celebración pascual que produce ese encendido de la fe en el pueblo santo de Dios; b) que a la celebración de la fiesta de la Pascua se le designa con la frase: «*renovación de la fiesta de la Pascua*», con toda su carga de *anámnesis* (recordatorio) y de *mímesis*, misterio nuevamente celebrado. Suavemente, amorosamente, la Iglesia no se cansa de ir afirmando su fe en la realidad renovada de los misterios que celebra, por encargo de su Esposo y fundador.

¹ C. URTASUN, *Las oraciones del Misal*, Barcelona: CPL 1995, 256-258.

² *Misal Romano. Edición típica para Colombia, según la Tercera Edición Típica Latina*, Conferencia Episcopal de Colombia, Departamento de liturgia, 2008, 228.

Petición: Se usan treinta y tres palabras, para formular solamente la petición. Caso probablemente único. Aún a riesgo de que el comentario se alargue, es preciso decir una palabra de comentario sobre cada enunciado (cuatro):

1. *«Aumenta la gracia que nos has dado, para que podamos comprender cabalmente...»* Impresiona el tono de solemnidad que adopta la fórmula deprecatoria, al suplicar el aumento de gracia recibida en la Pascua, dirigido a obtener una comprensión cabal de todo el misterio que Dios ha operado en su Cuerpo místico, en esta nueva celebración de la Pascua.

2. *«El bautismo con que hemos sido lavados».* La Iglesia, en esta conclusión de la octava de Pascua, parece que tiene la preocupación de recordar a sus hijos el gran don del Bautismo recibido, bien sea en la Pascua de este año, bien, anteriormente. El bautismo supone el perdón de los pecados, la obtención de nuestra filiación divina, la unción del Espíritu Santo. Si quisiéramos hacer el elogio del Bautismo, nos bastaría recurrir a los diversos textos neotestamentarios que lo presentan con tanta profundidad. Recordemos la conversación del Señor con Nicodemo: *«Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto»* (Jn 3,5-7). Sirva, por todos, el expresivísimo texto de san Pablo a los Romanos: *«¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado»* (Rm 6,3-6).

3. *«El Espíritu con que hemos sido regenerados».* Ese Espíritu es ni más ni menos que el Espíritu del Señor Jesús. Aquel que descendió sobre su persona en la hora de su bautismo; el que se hizo presente en el monte de la Transfiguración; el mismo al que aludió en la famosa escena de la sinagoga de Nazaret y del que haría elogios tan conmovedores en el testamento de despedida de los discípulos. El mismo Espíritu del que San Pablo escribiría, entre tantas cosas admirables: *«Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros»* (Rm 8,11).

4. *«La sangre con que hemos sido redimidos».* Por todo comentario, basten dos textos neotestamentarios: *«sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo»* (1Pe 1,18-19); *«pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersión a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!»* (Hb 9,13-14).

Textos proclamados: comentario a las lecturas³

Todos pensaban y sentían lo mismo

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles 4,32-35

El fragmento presenta el segundo «compendio» de la vida de la Iglesia naciente. Pone el acento en la «*unidad fraterna*». ¿Cómo es posible decir que «*pensaba y sentía lo mismo*» una multitud tan grande? El secreto se encuentra en la plena disponibilidad, hecha de caridad y pobreza evangélicas, que impulsa a los miembros a poner al servicio del bien común lo que antes poseían en privado. El grupo de los apóstoles está unido y se muestra compacto en la «*consignación*» (así el v. 33, al pie de la letra) del primer verdadero tesoro de la Iglesia: el testimonio de la resurrección de Jesús. Los creyentes están unidos en la ayuda a las necesidades de los hermanos, y manifiestan también la plena comunión en el modo de llevar a cabo la beneficencia. En efecto, sin dividir los ánimos, depositan a los pies de los apóstoles todo lo que deciden dar espontáneamente. Se cumple así la promesa de Dt 15,4: «*No habrá ningún necesitado entre vosotros*», porque los creyentes obedecen el nuevo mandamiento de Jesús. Y crece la benevolencia de todos hacia la comunidad cristiana (v. 33b).

Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 5,1-6

Fe y caridad, amor a Dios y al prójimo son los elementos esenciales que caracterizan la vida del cristiano (cf. 3,23; 4,11-20). Juan no se cansa de repetir esta sencilla verdad, ahondando en ella de un modo siempre nuevo. En la conclusión de su primera carta recuerda el renacimiento bautismal y sus implicaciones (v. 1): «*Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios*». La misma fe que nos hace hijos de Dios nos hace también hermanos entre nosotros: todos somos hijos del mismo Padre, y estamos unidos por el vínculo del amor. No se trata de «sentimiento», sino de adhesión a su voluntad, de cumplir sus mandamientos, que no son pesados, porque son «peso» de amor, sugerido por los delicados matices de la caridad hacia los hermanos (cf. vv. 2s). La vida filial-bautismal «*vence al mundo*» -en 2,13s había dicho Juan: «*Habéis vencido al maligno*»- cuando es vivida de manera consciente día tras día, puesto que participa de la victoria única y definitiva llevada a cabo por Cristo con su muerte y resurrección, a la que nos unimos en la fe (vv. 4s). En efecto, Jesús no vino sólo con el agua del bautismo que lo manifestó a Israel en el Jordán, sino también con la sangre de la cruz, por medio de la cual atestiguó de modo cabal su amor al Padre y a la humanidad, llevando a cabo nuestra redención (v. 6). Y no ha dejado a su Iglesia sólo el agua bautismal, sino también el sacramento de su cuerpo inmolado y de su sangre derramada, para que, acercándonos a la gracia del bautismo y de la eucaristía, podamos crecer en la comunión con Dios y con los hermanos, mediante el don del Espíritu, que, tras descender sobre los apóstoles, guía a la Iglesia hacia la verdad completa (Jn 16,13-15), dando testimonio de las inconmensurables dimensiones de la salvación.

³ AA.VV., *Lectio divina para cada día del año*, vol. 4, Navarra: Verbo Divino 2011, 76-78.

Textos proclamados: comentario al Evangelio⁴

Porque me has visto, Tomás, has creído, —dice el Señor—.

Dichosos los que crean sin haber visto.

Lectura del Santo Evangelio según san Juan 20, 19-31

Estos dos episodios, próximos y relacionados con un mismo tema -el de la fe- son, el eco fiel de cuanto ha sucedido en los corazones de los apóstoles tras la muerte de Jesús. En el primero de ellos vv. 19-22), el Resucitado se aparece a los once, que, a pesar del anuncio de María Magdalena (v. 18), están encerrados todavía en el cenáculo por miedo a los judíos. Jesús supera las barreras que se le interponen: pasa a través de las puertas, manifestando que su condición es completamente nueva, aunque no ha desaparecido nada de los sufrimientos que padeció en la carne. La insistente referencia al costado traspasado de Jesús es propia de Juan, que, de este modo, quiere indicar el cumplimiento de las profecías en Jesús (Ez 47,1; Zac 12,10.14).

El tradicional saludo de paz asume también en sus labios un sentido nuevo: de augurio («la paz esté con vosotros») se convierte en presencia («la paz está con vosotros»). La paz, don mesiánico por excelencia, que incluye todo bien, es, por tanto, una persona: es el Señor crucificado y resucitado en medio de los suyos («se presentó»: vv. 19b.26b y, antes, v. 14). Al verlo, los discípulos quedan colmados de alegría y confirmados en la fe. El Espíritu que Jesús sopla sobre ellos, principio de una creación nueva (Gn 2,7), confiere a los apóstoles una misión que prolonga la suya en el tiempo y en el espacio y les concede el poder divino de liberar del pecado.

El segundo cuadro (vv. 24-29) personaliza en Tomás las dudas y el escepticismo que atribuyen los sinópticos, de manera genérica, a «algunos» de los Doce, y que pueden surgir en cualquiera. Tomás ha visto la agonía de su Maestro y se niega a creer ahora en una realidad que no sea concreta, tangible, en cuanto al sufrimiento del que ha sido testigo (v. 25). Jesús condesciende a la obstinada pretensión del discípulo (v. 27), pues es necesario que el grupo de los apóstoles se muestre firme y fuerte en la fe para poder anunciar la resurrección al mundo.

Precisamente a Tomás se le atribuye la confesión de fe más elevada y completa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Aplica al Resucitado los nombres bíblicos de Dios, YHWH y Elohim, y el posesivo «mío» indica su plena adhesión de amor, más que de fe, a Jesús. La visión conduce a Tomás a la fe, pero el Señor declara, de manera abierta, para todos los tiempos: bienaventurados aquellos que crean por la palabra de los testigos, sin pretender ver. Éstos experimentarán la gracia de una fe pura y desnuda que, sin embargo, es confirmada por el corazón y lo hace exultar con una alegría inefable y radiante (1 Pe 1,8). Los vv. 30s constituyen la primera conclusión del evangelio de Juan: se trata de un testimonio escrito que no pretende ser exhaustivo, sino sólo suscitar y corroborar la fe en que «Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios» (cf. Mc 1,1).

⁴ AA.VV., *Lectio divina para cada día del año*, vol. 4, Navarra: Verbo Divino 2011, 70-71.

Algunas indicaciones litúrgico-pastorales

- † Teniendo su eucología y sus lecturas bíblicas propias, la celebración de este domingo constituye un verdadero **eco del gran Domingo de Pascua**. Para significar este vínculo, se puede entonar nuevamente la secuencia: «*Ofrezcan los cristianos...*».
- † En el prefacio I de Pascua se dice la parte propia: «**en este día**». Es recomendable seguir el Canon Romano con las partes propias.
- † La bendición final es solemne como en la Vigilia Pascual, agregando en la despedida el **doblo Aleluya**.
- † Con las 2as. Vísperas de este domingo termina la Octava de Pascua.
- † Durante la Pascua se puede realizar como acto de piedad el *Vía Lucis*.
- † Es importante **que la referencia a la Divina Misericordia no opaque el sentido pascual y bautismal de este domingo**, donde todavía es día de resurrección. Esta devoción se encuentra al nivel de la piedad popular y se pueden tener momentos como la Coronilla en una hora oportuna.
- † *El Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* nos dice: «Puesto que la Liturgia del “Il Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia” – como se denomina en la actualidad– constituye el espacio natural en el que se expresa la acogida de la misericordia del Redentor del hombre, debe educarse a los fieles para **comprender esta devoción a la luz de las celebraciones litúrgicas de estos días de Pascua**. En efecto, *El Cristo pascual es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente: histórico-salvífico y a la vez escatológico*» (núm. 154).

Sobre la indulgencia plenaria en el domingo de la divina misericordia

Para hacer que los fieles vivan con intensa piedad esta celebración, el mismo Sumo Pontífice ha establecido que el citado domingo se enriquezca con la indulgencia plenaria, como se indicará más abajo, para que los fieles reciban con más abundancia el don de la consolación del Espíritu Santo, y cultiven así una creciente caridad hacia Dios y hacia el prójimo, y, una vez obtenido de Dios el perdón de sus pecados, ellos a su vez perdonen generosamente a sus hermanos [...].

Por eso, el Sumo Pontífice (Juan Pablo II), animado por un ardiente deseo de fomentar al máximo en el pueblo cristiano estos sentimientos de piedad hacia la Misericordia divina, por los abundantísimos frutos espirituales que de ello pueden esperarse, en la audiencia concedida el día 13 de junio de 2002 a los infrascritos responsables de la Penitenciaría apostólica, se ha dignado otorgar indulgencias en los términos siguientes:

Se concede la indulgencia plenaria, con las condiciones habituales (confesión sacramental, comunión eucarística y oración por las intenciones del Sumo Pontífice) al fiel que, en el domingo segundo de Pascua, llamado de la Misericordia divina, en cualquier iglesia u oratorio, con espíritu totalmente alejado del afecto a todo pecado, incluso venial, participe en actos de piedad realizados en honor de la Misericordia divina, o al menos rece, en presencia del santísimo sacramento de la Eucaristía, públicamente expuesto o conservado en el Sagrario, el Padrenuestro y el Credo, añadiendo una invocación piadosa al Señor Jesús misericordioso (por ejemplo, "*Jesús misericordioso, confío en ti*". Cf. Decreto: Se enriquecen con indulgencias actos de culto realizados en honor de la Misericordia divina, 29 de junio de 2002).



Segundo domingo de Pascua

O DE LA DIVINA MISERICORDIA

7 de abril de 2024

Moniciones

Entrada

Queridos hermanos: el mundo entero desborda de alegría porque Cristo ha destruido la muerte y nos ha abierto las puertas de la gloria. Esta Pascua que estamos celebrando es la fiesta de nuestra fe. Hoy el Señor nos llama a vencer nuestras dudas para convertirnos en verdaderos creyentes, testigos de la resurrección. Confiando en la Divina misericordia del Señor, vivamos con gozo esta Eucaristía.

Aspersión

La monición es presidencial y se encuentra en el Misal. Sugerimos el Formulario III, p. 1058.

Liturgia de la Palabra

Somos comunidad de bautizados, reunidos para celebrar la Eucaristía, elevar nuestras oraciones y escuchar la palabra de Dios. Ahora esta palabra nos invita a renovar nuestra fe en Cristo resucitado. Con la ayuda de su gracia, pasaremos de la incredulidad a la confianza en el Señor. Estemos atentos.

Presentación de los dones

Cristo resucitado se hace presente en el sacramento de la Eucaristía para que compartamos el Banquete de su Pascua. Él está en medio de nosotros y quiere que ofrezcamos nuestra vida, haciendo el propósito de ser auténticos creyentes de su resurrección.

Comunión

Habiéndonos encontrado con Cristo Resucitado, presente en su Palabra y en la Eucaristía, ahora tenemos la gracia de recibirlo sacramentalmente. Confiemos en su promesa: *“Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre tendrá la vida eterna y yo lo resucitaré”*.



Segundo domingo de Pascua

O DE LA DIVINA MISERICORDIA

7 de abril de 2024

Oración universal

Ya que hemos resucitado con Cristo, demos gracias a Dios, nuestro Padre, porque es eterna su misericordia. Llenos de confianza, presentémosle nuestras súplicas por toda la humanidad y digamos:

R/. Por la resurrección de tu Hijo, ten misericordia de nosotros

- † Oremos por la Iglesia. Que esta fiesta de Pascua anime a todos los bautizados como misioneros del Evangelio, testigos alegres de Cristo resucitado.
- † Oremos por los gobernantes de las naciones. Que, buscando los intereses de la comunidad, trabajen con empeño como servidores del progreso de sus pueblos.
- † Oremos por las personas que sufren en el cuerpo y en el espíritu. Que Cristo, vencedor del pecado y de la muerte, los fortalezca en la fe y la esperanza.
- † Oremos por todas las familias. Que reine la alegría del amor en todos los hogares, como signo de la presencia de Cristo resucitado que transforma la vida de sus discípulos.
- † Oremos por nosotros, reunidos en la fe por medio de Cristo resucitado. Que nos anime esta fiesta gozosa de la Resurrección, de tal modo que seamos testimonio de su luz en el mundo.

**Dios, Padre compasivo y misericordioso,
por medio de Cristo, vencedor de la muerte
recibe bondadoso nuestras peticiones
con las cuales también deseamos
dar gloria a tu Nombre.
Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.**